

**IV Meditación de la Pasión y Muerte de
Ntro. Señor Jesucristo**

Javier Ramos Sáez

**28 de marzo de 2009
Archicofradía Sacramental de Pasión**

Preámbulo.

Siete lágrimas como siete dolores, Nuestra Madre, la Señora de la Merced, va detrás de su Hijo, con pena de madre y aceptación de devota.

Mejor ejemplo que la Virgen María como mujer y madre no lo ha dado ninguna en la historia, esa abnegación y ese sacrificio, que dio a su Hijo como Abraham dio al suyo para el sacrificio en la mesa que le pidió el Señor, demuestran la grandeza de la inmaculada Madre de Dios. Signo irrefutable de Gracia, Gloria y Amparo que hacen de Ella, la Madre de la Iglesia, pues es Madre de Cristo y Madre de todos nosotros.

Merced, que redimes a cautivos, tú misma fuiste cautivada por el Señor y diste en tu vientre al Hijo que estaría por venir, luz del mundo. La muestra de tu compromiso más hondo y sentido fue estar con tu Hijo y sufrir con Él el execrable martirio, compartirlo y aceptarlo como signo de contradicción del Señor. Nosotros, que somos siervos de Dios, nos cautivaste con tu pulcra mirada y anidamos en ti como presos en la cárcel de tu dolor.

Nuestra cárcel es tu corazón y tú nos redimes por gracia del Señor, nos salvas de todas las dificultades con proverbial providencia de madre, de esa que cada día nos llama, nos besa y nos cuida con todo el amor y la admiración que una madre puede dar a un hijo. Tú que eres Madre y redimes por tu Merced, danos hoy tu ternura más que nunca porque se aproxima la Pasión de Cristo, nuestro Redentor, bajo los Martirios y Sangre que Él padeció.

Ahora cada Jueves Santo, tú eres la que portas la cruz como lo hizo Simón, un oriundo de Cirene, para ayudar a tu Hijo

a mitigar un poco el perenne dolor del peso del signo de la Cruz.

En esa noche pasionista nos redimes a todos, pues nosotros somos los presos de tu corazón y tú eres la que arbitra y delegas la Gracia del Señor para darnos tu Gloria compartida bajo la mirada perdida de tu Hijo, que camina contigo bajo espinas de plata y luces de cera.

Ese camino del Calvario, de color rojo clavel, lleva a Jesús Nazareno a su propia muerte, aceptada con resignación y dedicación amorosa. Por nosotros y sólo por nosotros, Jesús da cada paso y afronta casa peligro. Pasos que se elevan por encima del tiempo y la realidad pues esa zancada, que ha empezado, no termina sino que cada Jueves Santo empieza a reanudarse. El ciclo es eterno como eterno es el mensaje redentor, idea principalísima del Señor que por medio de su Hijo, lo llevó a la Cruz de nuestros pecados.

Señor de Pasión, no seas tan amoroso pues nosotros no somos valedores de tu esfuerzo constante, que abrazas e incluso acaricias con tus finos dedos esa cruz por nosotros, cruz de inefables dificultades y equivocaciones. Por ti y en ti nosotros buscamos el sentido vital de nuestra existencia, en ti confiamos y en ti nos damos. Hágase no tu Palabra sino la del Señor, nuestro Padre, pero hágase tu voluntad y no la mía, Jesús de la Pasión.

Siete lágrimas como siete profundos y sentidos dolores, pues la Virgen ya va anunciando la venida de la Pasión de Cristo. Siete dolores y siete encuentros son los que describimos en la vida pasionista de Jesucristo.

Donación

Jesús entrega su donación a los Santos Apóstoles mediante el símbolo alegórico del pan y el vino, como cuerpo y sangre de Dios, respectivamente.

Su gesto nos viene donado, y como donación, que es la entrega existencial de su esencialidad intrínseca, el Hijo toma al Padre y el Padre toma al Hijo.

En el Sagrario le tenemos presente, y es aquí y no allí arriba donde Dios está presente bajo la forma perfecta y saludabilísima del Santísimo Sacramento, que nos espera en su casa de plata ansioso de ser recibido por el hombre que ansía la paz de espíritu y la gloria eterna.

Jesús acercó en la Última Cena este misterio ontológico que desdobra el ser de Dios en dos partes, cuerpo y sangre, misterio que descubre e intenta desvelar de forma experiencial el hecho palpable de tener a Dios en nuestras manos. Dios se materializa en realidad mundana, y así baja el Espíritu Santo y bendice el trigo y la vid, frutos de la tierra, para ser encumbrados bajo el excelso milagro permutable de la divinidad hecha facticidad, participe a todo hombre de cualquier clase, condición y realidad social.

Donar es entrega, es generosidad y amor al prójimo, es sentir que tu ser tiene que ser participe a todo hombre. Ese fruto de la generosidad que Dios en Jesucristo comparte tiene que ser modelo de servicio del cristiano de hoy en día. Nos cuesta hacer una donación de nosotros mismos, desvelar en otros lo que nosotros no podemos contarnos.

Nos aferramos a anhelos y a sueños imposibles de realizar en nuestra vida pero si abrimos el corazón a Dios, por medio de Jesucristo, esa frontera utópica es posible

realizarse y nuestras metas que en un principio eran irrealizables, un día son realidades.

Abrirse a Dios es abrirse al otro, pues hacemos una donación de nuestra esencia como Dios hizo por nosotros. Dios nos fortalece mediante el sacramento de la Comunión y nosotros fortalecemos al prójimo mediante la donación de nuestra esencialidad que es amor.

Recordad que Jesús no puede hacer su particular Vía Crucis sin la importantísima y necesaria donación de su Cuerpo y Sangre, la Pasión no es posible sin la entrega del pan y el vino. Allí Dios nos vino a recordar que su nombre seguirá vigente a través de los tiempos, que ese pan y ese vino es fruto del dolor, de la humillación y la tortura que por generosidad nos dio para soportar nuestros pecados en su cruz arbórea, que nosotros somos pecadores pero que El es nuestro baluarte, base donde reposan nuestras equivocaciones como seres humanos que somos. En El pedimos nuestra salvación.

El cristiano tiene que aspirar a ser arquetipo de santidad. Nuestro paradigma moral, existencial, vital, racional... lo tenemos en Jesucristo y hoy se encuentra aquí entre nosotros. Debemos hacer introspección de nosotros mismos y hacer un acto de generosidad ante El y emular el acto que Dios nos vino a hacer en la Última Cena: donar nuestro cuerpo y sangre de forma metafórica, hacer acto de contrición en estas fechas y acordarse de que Dios hizo este acto como donación de su ser, y al ser me refiero a la totalidad, a su constitucionalidad y fundamental esencia. Tenemos a Dios en su totalidad bajo la forma del Santísimo, Dios descansa bajo estas paredes.

Traición y negación.

Los suyos, los más allegados, lo traicionaron y lo negaron, pero dos fueron especialmente recordados, no fueron otros que Judas Iscariote y San Pedro, el hombre que edificaría luego la Iglesia cristiana.

El apóstol le negó hasta tres veces antes de que el sol llegase bajo el auspicio sonoro del gallo. La negación es como la traición, es obviar lo que te importa, negar tus propias convicciones y salvaguardar tu propia conveniencia. La traición es propia del ser humano, del hombre que se aferra a su propia existencia, a su propio interés sin salvaguardar en ningún momento la vida y la dignidad de los demás.

Confiar ciegamente en Dios es difícil, somos humanos y no podemos darnos por completo, somos tan volubles como volubles son los acontecimientos que nos obligan a cambiar de ideales. Ante este relativismo existencial existe lo inmutable, lo eterno y constitutivo de cada uno: Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo

Tres veces negó Pedro porque a tres personas tuvo que negar, todas ellas bajo el común denominador del Dios unitrino cuyas negaciones se consuman en una sola.

La traición que sufrió Jesús no vino de cualquier judío, sanedrita o romano sino que lo sufrió hondamente por los suyos, el diablo se apareció en Judas e hizo su obra. El apóstol judío culminó la tarea encomendada por el diablo por medio de la avaricia con su propia muerte. El camino de la oscuridad lleva a la más absoluta desesperación como le pasó a Judas, que marcó en un beso su propia desgracia y el comienzo de los martirios que Jesús sufriría voluntariamente por misericordia divina.

En su cara tenemos el perdón y en su mirada, la mansedumbre necesaria para afrontar el largo y pedregoso camino de la cruz y la muerte.

En el monte de los olivos empieza la tentación del diablo y la obra de él en Judas, el beso, la traición y la repulsa hacia Jesús. Nosotros seguimos a Judas en nuestro camino vital, a veces en nuestro terreno personal, laboral, fraternal o social. Tendemos a negar y a traicionar nuestros valores que son la semilla que Dios puso en nosotros y que nosotros debemos hacer germinar para que florezcan nuevos frutos en nuestro espíritu, para que llegue Dios a nuestros corazones y se *pulcrifique* nuestra mirada hacia las cosas que Dios ha puesto en nuestra vida.

Vivir es aceptar y entregarse a Jesús, es afrontar ante la adversidad nuestra condición de seguidor incansable de la salvación por medio de la cruz.

Miremos a Jesús de la Pasión, no le neguemos, digamos ante El que estamos en todo momento cuando nos necesite, que nuestro compromiso en la sociedad no mengue y que sea fructífero en todos los ámbitos de la vida, que el mensaje evangelizador sea constante para que haya una real presencia de Jesús en la vida y en la realidad de cada persona y para que, por medio de la Gracia del Señor, vivamos las indulgencias y favores que nuestra firmeza ha labrado en nuestro futuro.

Entrega.

¡Qué difícil es la entrega!, ¡Cuánto nos cuesta entregarnos! Entregar es entregarse, pues así lo concibió Jesús, que se dio al hombre por el hombre.

La entrega es la consumación del acto antes de realizarse, la entrega significa la aceptación del Sino de nuestro destino, es creer en la Providencia y aceptar sus normas y leyes divinas. Jesús hizo entrega de sí mismo, se dio al mundo para sacrificio y gloria de la humanidad, para la redención de los hombres que El perdonará ante el hecho injusto y cruel de la crucifixión. Jesús entrega su vida, entrega su ser y su condición humana, la entrega por amor, por compasión del genero humano, por misericordia y generosidad ante la naturaleza pecadora del hombre.

Jesús se entrega viendo un abismo ante sus pies, tiene miedo pero no duda, su firmeza es más fuerte que su egoísmo y su voluntad es inquebrantable. Jesús sabe que va a caer en el vacío, en ese abismo existencial que hay cuando la vida se consume, cuando sabes que tu vida deja de ser una realidad para ser otra nueva, pero sabedor de que la renuncia de esta vida llevará mucho dolor y sacrificio pues así lo acepta ya que el Señor lo ha convenido así. Jesús lo asiente diciendo: “hágase tu voluntad y no la mía”.

En los acontecimientos de la Pasión, Jesús se entrega ante Poncio Pilatos, allí firma su condena de muerte ante la insegura mirada del protector romano. Su destino es la muerte, su entrega es la llave.

Nosotros debemos dar el paso de una entrega sincera, de tener seguridad en Cristo, en la venida de una nueva vida y en la redención de nuestra naturaleza bajo el amparo del Reino de Dios.

Mirar a Jesús de la Pasión es saber que su entrega es voluntaria, sin ataduras que lo constriñan, su entrega es sincera aunque la marca de la Pasión le modele la perfecta cara. Obra de gran sentido teológico, pues en cada detalle encontramos un tratado sobre los aspectos más trascendentales de la vida, la muerte y la moral. Su efigie nos enseña a caminar por los duros senderos de la vida, El nos ayuda a ver el remanso lugar que nos apacigüe en nuestra existencia y nos proteja de toda perturbación. En el Señor encontramos consuelo, una calma que nos alivia nuestras preocupaciones y la ayuda necesaria para afrontar los duros golpes de esta vida y los más felices, que dedicados a El, nos enseñen que la vida tiene su dualidad, esto es, aceptar sus contradicciones que son la rudeza de la vida y sus temores pero teniendo en el Señor el baluarte de nuestros éxitos y alegrías.

Dolor

El dolor es un signo de humanidad, y Dios se hizo más humano que nadie en Jesús de Nazaret. El dolor del abandono por sus seguidores y por Dios mismo tuvo a Jesús al borde de la desesperación. Su decisión fue pensada durante su periodo en la cruz, llamó al Padre pero no recibió respuesta, calor ni consuelo, pero Dios no le había abandonado. Jesús dudó por un momento y ese dolor de abandono fue tan trágico para él que el dolor de la cruz.

Jesús afronta el dolor como un signo más en su vida, lo acepta, no lo rehúye. El dolor nos lleva a veces a posicionarnos en un lugar concreto de nuestra vida. Hay un antes y un después pues el dolor nos aferra a vivir y a vivir sin egoísmo, afrontando una existencia dolorosa como Jesús hizo por nosotros, viviendo una vida entregada a los demás sin egocentrismo ni hedonismo alguno que nos aleje de la verdad y del camino a seguir, esas escaleras que llevan al Cielo por medio de la propia santificación sin rehuir del dolor que está por venir.

El dolor nos acecha, acechaba a Jesús, habló con Dios y aceptó su destino que era la cruz, una cruz dolorosa, signo de una vida dolorosa, un camino doloroso y una muerte segura.

En el prendimiento empieza el dolor de la Pasión, las burlas, las negaciones, la traición, los azotes, la coronación de espinas, la sal en las heridas, la cruz al hombro, los clavos, la crucifixión y la última exhalación. ¡Cuánto dolor!, ¡cuánto amor y ternura por nosotros! ¿Quién daría la vida por cada uno de nosotros? Pocos seríamos, muy pocos.

El es nuestro ejemplo más evidente, todo modelo de El será imperfecto pues es el paradigma de la entrega a los

demás, del sentimiento más hondo y sincero de amor y de perdón hacia los que le llevan a su muerte.

Él se entrega pero lo más sublime y maravilloso es la libertad y la gracia que tiene para hacerlo. Jesús se entrega voluntariamente, sufre porque quiere, quiere salvarnos a todos, es un amor inmenso que nace dentro de la libertad que el hombre tiene, libertad de elección, capacidad para ver el sufrimiento y afrontarlo con entereza, sin mirar atrás, sin arrepentimientos. Jesús se lanza al vacío, con las fuerzas que el Señor le da, ve su destino grabado a fuego en su memoria, sabe que el final está cerca y sabedor de ese desenlace, esperando la resurrección de su cuerpo, afronta su vida con amor, mucho amor; entrega, mucha entrega y dolor, mucho dolor.

La Virgen María, madre de inefables vicisitudes, le acompaña en el fatigoso camino del Calvario. La Virgen María, mujer de excelsas cualidades e intachable modelo de comportamiento ve el sufrimiento de su Hijo, Ella quisiera acompañarlo en el duro camino, darle amor y consuelo, saber que tiene a su Hijo cerca en la dura condena que le han impuesto. La Virgen también está condenada, perder a un hijo es la más dura y terrible condena, Ella lo afronta por la Gracia del Señor, confía ciegamente en Dios y sabe que el destino está en las manos del que todo lo ha creado.

La Virgen, como cada Jueves Santo, va detrás de su Hijo en el camino al Gólgota, siempre vigilante, paciente, hinchada de dolor, sufriente pero sabedora de que la Gloria está cerca. Esa dualidad de tristeza y alegría es propia de nuestra Semana Santa pues acompañamos a Jesús a su muerte, sin dejarlo solo, sufriendo los martirios por Él de forma

empática y al mismo tiempo disfrutando de esa fiesta y alegría externa que conforma nuestra fiesta, que culmina en el Domingo de Resurrección, con la gloria inmensa de ver a Jesús, Nuestro Señor resucitado, elevándose a los Cielos.

Recibiendo la gracia redentora, nos transformamos. Lo que era tristeza ahora es alegría, es júbilo y fiesta pues el mensaje está consumado, Dios está vivo, ha resucitado. El dolor da paso al gozo perenne, inmortal, inmutable de otra vida llena de bienes y riquezas.

Pero de nuevo, otro año más, la Pasión se avecina, como el muñidor que en nuestra fiesta anuncia...

Burla.

Jesús es nuestro rey redentor, su reino no tiene fin, no está delimitado, El se autoproclamó rey de los judíos con ese mensaje de universalidad, de ser el pastor que guíe al rebaño, al pueblo elegido por Dios, que sea luz del mundo, pueblo único y absoluto donde todo hombre tenga en el su propia salvación.

Los judíos se burlaron del Señor, en la persona de Jesucristo, para ellos era una gran ofensa la calumnia, tomar el nombre de Yahvé en vano, y era motivo de dar muerte al hombre que se pusiera en su sitio, su Dios no es cercano y un hombre venido de Nazaret no puede definirse como el rey que salve al pueblo de los judíos, lugar correspondiente al innombrable tetragrama.

Por otro lado, como sabremos, en el tiempo de su Pasión, los sayones romanos lo coronan como rey de los judíos y hacen burla exagerada de su condición. Su corona es de

espinas, cada espina es un pecado humano que El soporta por amor. El coronado es el rey de los que sufren, el rey de los necesitados, y lo hace sin alardes de discrepancia, afrontando su signo doloroso y de cruenta burla con mansedumbre, con servicialidad y compasión por aquellos que no saben lo que hacen. Su vida está en nuestras manos, ¡qué generosidad más costosa pues tenemos en nuestras manos al mismo Dios hecho carne!

Jesús sufrió la burla más injusta, vino al mundo para salvar al género humano y fuimos nosotros los que le crucificamos, injusticia absoluta al dar muerte a nuestro propio Dios. Su vida fue un regalo inmenso que no debemos olvidar en nuestro tiempo. El Señor ofreció su vida para que hoy recordemos sus actos, le defendamos ante las adversidades y paguemos el servicio que el Hijo, por medio del Padre, hizo desinteresadamente por el hombre y para el hombre.

El Amor tiene que ser correspondido con amor, la Entrega con entrega, el Servicio con servicio y el Perdón con perdón... debemos ser copia de Jesucristo, llevar su nombre a la sociedad y no escondernos, proclamar nuestra protesta de fe no sólo el Jueves Santo, sino todos y cada uno de los días de nuestra vida. Aferrarnos al mensaje de salvación y convertir al descarriado, al hombre que no encuentra sentido en su vida, al que se aferra a las materialidades del mundo que no llevan más que al anhelo de más superficialidades, convertirlos a la fe que Nuestro Señor nos encomendó.

Debemos ser Jesús en cada uno de nuestro ser, imitar su modelo evangelizador de vida que lleva directo a la salvación de nuestras almas, éste es el único método de inmortalidad que el Señor nos da gratuitamente.

Por medio de nuestra sociedad en las hermandades, el camino comienza, tenemos un instrumento importantísimo que nos permite ayudar por medio de la caridad, a santificarnos mediante nuestros actos, llevar una vida llena de virtud en la medida de nuestras posibilidades.

Mirar al Señor y decirle que no está solo... que su cruz en el hombro abrazada al *patibulum* también la llevamos nosotros, que su fatigada efigie es la nuestra, que nosotros también estamos comenzando esa zancada que nunca va a terminar, esa zancada de encuentro hacia los demás, una zancada que no debe ser final porque nuestro proyecto hacia los demás es vital, dure lo que dure nuestra existencia. En Jesús de la Pasión tenemos el modelo a seguir, no le volvamos la cara y contemplémosle cada día de nuestra vida, recordémosle en acto de necesidad y admirémosle en cada instante pues su voluntad es insaciable y es nuestro soporte como Padre y amigo que es.

Misericordia

La misericordia es el punto central y fundamentalísimo de nuestra fe. La misericordia lo abarca todo, sin ella el cristiano dejaría de serlo, los sacramentos no tendrían valor alguno.

Misericordia es la actitud que tuvo Jesús hacia el pueblo universal, teniendo una postura de compasión y perdón hacia los demás. El ofendido exculpa los pecados del que ofende, no los toma en cuenta ni en conciencia porque sabe que se ha equivocado. La esencia de la misericordia es el amor con la que se hace, sin amor todo acto de perdón o

de compasión quedaría en su más pura superficie. Perdonar es amar al otro y ver sus limitaciones y aceptarlas, por medio de esa actitud, el cristiano tiene ganado gran parte de la ulterior recompensa que Dios nos promete.

El hombre justo y bondadoso de corazón es misericorde, compasivo como Jesucristo, que fue llevado a la cruz y al incesante dolor que esta le provocaba perdonando a todo aquel que erraba pues era sabedor de que no sabía lo que hacía pues ellos creían que Jesús no era el verdadero salvador del pueblo judío.

Los fariseos no tuvieron piedad, fueron inmisericordes y llevaron a Jesús a que fuera condenado por los romanos. Quisieron llevarlo a la muerte según la tradición judía, de desagravio al dios de los judíos. La muerte se avecinaba y Jesús, que sabía de antemano su destino, confió en el género humano, siempre esperanzado de que llegaría el momento en que abrirían los ojos y verían la luz de la Verdad.

Poncio Pilatos dijo ¿qué es la Verdad? Esa pregunta no la supo responder ningún hombre de su época, excepto los apóstoles y las santas mujeres pues la Verdad es Jesucristo, es Dios, que nos abre el Reino de los Cielos y para que podamos contemplar la cara de la Verdad más trascendental y absoluta. Por medio de la misericordia el camino hacia la Verdad es posible.

Dios nos abre los brazos de la Verdad, nosotros debemos ser partícipes de esa donación que el Señor nos hace, seguir ese camino sin vuelta atrás y por medio de nuestra vida, acceder al momento de nuestra muerte a la contemplación directa y mística de la Veritas.

Jesús clavado en la cruz apura sus últimas exhalaciones de vida con la misma indulgencia y misericordia, propias no de un hombre sino de alguien divino, que cada segundo que pasaba en la cruz iba transformándose en Dios Padre, yendo a la Puerta del Reino de Dios teniendo su asiento a la derecha del Padre, en el trono que ocupa Dios como trino.

La Semana Santa se avecina, se siente porque está cerca... los ángeles anuncian con sus trompetas que Dios está cerca... la muerte se asoma pero la supervivencia a la mortalidad es más fuerte. La muerte supera a la muerte.

Cada año vemos a Jesús con la cruz al hombro, camino de ese Calvario de claveles y plata, acompañados por cirios de hermanos que nunca lo dejarán solo.

La Virgen, que nos redime de nuestros males, nos acompaña en el tránsito de Calvario, nos guarda de todo mal cada Jueves Santo y es Ella la que hace posible ese camino, que refugiados en su manto, nos resguarda y nos protege como Madre que es.

Que Dios nos salvaguarde de todo mal y conozcamos los bienes eternos por su Bondad divina.

Que así sea.